

¿Porteros?

El día que un hombre ciego de nacimiento recibió la vista por obra milagrosa de "ese hombre que se llama Jesús" debe haber sido un día de altibajos extremos. Después de poder ver, por primera vez en su vida, la belleza de la creación de Dios y los rostros de su padre y su madre, los líderes religiosos de su comunidad lo expulsaron de la sinagoga porque se negó a condenar a Jesús por curarlo en el sábado. Más tarde, ese mismo día, Jesús lo encontró y lo llamó a convertirse en creyente y buscar el reino del Padre. (John 9:1-47)

Luego Jesús tuvo una conversación con esos mismos líderes religiosos que aparentemente habían sido testigos de la compasión de Jesús por aquel a quien habían dejado de lado. Les explicó las cualidades de un buen pastor, una de las cuales es que, a diferencia de los ladrones que intentan tener acceso a las ovejas trepando por el muro del redil, el buen pastor entra confiadamente por la puerta. Él dijo: "A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca." (Juan 10:1-5)

Estos hombres religiosos, que habían expulsado al ciego de nacimiento, debieron pensar que eran como porteros que determinaban qué ovejas podían entrar en el reino de Dios. No entendieron el papel del portero que en realidad servía para permitir que el buen pastor entrara al redil de las ovejas y llamara a sus ovejas para que encontraran pastos nutritivos. Las ovejas deciden por sí mismas pasar por la puerta, confiando en el buen pastor porque reconocen su voz.

Más tarde, durante la última semana de la vida de Jesús, cuando estos hombres y otros como ellos decidieron crucificar a Jesús, él les dijo: "¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Les cierran a los demás el reino de los cielos, y ni entran ustedes ni dejan entrar a los que intentan hacerlo" (Mateo 23:13).

Hay formas más sutiles en las que incluso los seguidores de Jesús podrían haberse considerado a sí mismos, consciente o inconscientemente, como porteros que negaban el acceso a Jesús y al reino. Cuando algunos padres llevaron a sus niños a Jesús para que los bendijera, los discípulos reprendieron a los padres. Podemos comprender la ansiedad de los padres que criaban a sus hijos en un entorno de agitación política y social en el Imperio Romano. Querían que Jesús orara por el bienestar de sus hijos. Jesús estaba "indignado" por el comportamiento de sus discípulos y les dijo: "Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de Dios es de quienes son como ellos" (Marcos 10:13-16). ¿Se consideraban los discípulos como porteros, sabiendo lo que era lo mejor para Jesús?

Hay otros ejemplos no tan sutiles en el Nuevo Testamento de discípulos que asumían con superioridad la autoridad de porteros. El apóstol Juan declaró: "Le escribí algunas líneas a la iglesia, pero Diótrefes, a quien le encanta ser el primero entre ellos, no nos recibe. Por eso, si voy no dejaré de reprocharle su comportamiento, ya que, con palabras malintencionadas, habla contra nosotros sólo por hablar. Como si fuera poco, ni siquiera recibe a los hermanos, y a quienes quieren hacerlo, no los deja y los expulsa de la iglesia" (3 Juan 9-10).

Si los discípulos quieren ser verdaderos porteros, entonces deben cumplir el papel que Jesús les describió. Los porteros no cierran la puerta para prohibir la entrada al reino. Su verdadera tarea es abrir el camino para que Jesús llame a sus ovejas, quienes reconocerán su voz y lo seguirán. Pedro aprendió esta lección cuando entró en la casa de un centurión romano para predicar el evangelio a su familia (Hechos 10:1-48). Simón el fariseo lo aprendió cuando Jesús le enseñó la humildad y la compasión para comprender las lágrimas de una mujer que había

vivido una vida inmersa en el caos del pecado (Lucas 7:36-50). Los apóstoles aprendieron lo que debían hacer los porteros cuando Jesús les enseñó a apreciar la profunda fe de una mujer cananea que pensaban que era una molestia (Mateo 15:21-28). Aprendí la lección la primera vez que me senté frente a un joven que pedía consejo para cambiar su vida y que fue acusado de matar a otro joven a quien yo había estado aconsejando.

Nuestro trabajo como discípulos no es determinar quién es capaz de arrepentirse y cambiar de vida, quién se ajusta suficientemente a nuestra cultura o quién está de acuerdo con suficientes opiniones nuestras para unirse a nuestro rebaño. Si quiere ser un portero y abrir el camino a Jesús, viva con paciencia, compasión y gracia, y la gente sabrá reconocer la voz de Jesús por la vida que está viviendo usted como su discípulo.

Sobre el autor

Raymond L. Fox cuenta con una trayectoria de cuarenta y cinco años enseñando sobre la transformación a la imagen de Jesús en los Estados Unidos y en el extranjero. Es consejero de adolescentes en los centros de detención para menores y cuenta con títulos en filosofía y en educación.